

Cerca de la calle del pueblo estaba la casa de un piso en el que Luella Miller, quien tuvo una mala fama en el pueblo, había vivido. Había muerto hacía años, sin embargo, hubo algunos en el pueblo que, a pesar de la luz más clara que luego se echó sobre el asunto, todavía creen en el cuento que vienen escuchado desde su infancia. En sus corazones sobrevive el horror y el miedo salvaje de aquellos antepasados vivieron en la época de Luella Miller. Y los jóvenes también observan con un estremecimiento la vieja casa, y los niños jamás juegan alrededor de ella, como es costumbre hacerlo en torno a los edificios abandonados. La antigua casona de Miller no tiene ni un cristal roto, todavía reflejan la luz del sol por la mañanas en parches de esmeralda y azul, el pestillo de la puerta nunca se levantó.

Desde la época de Luella Miller la casa sólo había tenido un inquilino, una vieja sin amigos que no tenía posibilidad de elegir entre eso y la de refugiarse bajo el cielo abierto. Esta anciana, que había sobrevivido a su parentela y amigos. Cierta mañana, debido a la ausencia de humo saliendo por la chimenea, una partida de vecinos tomó coraje e ingresó en la casa: la encontraron muerta en su cama. Hubo rumores oscuros en cuanto a la causa de su muerte, y hubo quienes testificaron que vieron una expresión de miedo inenarrable en el rostro cadavérico. La anciana había sido sana y fuerte cuando entró en la casa, y sólo en siete días había sido abatida, una víctima más de aquel misterioso poder sobrenatural. El ministro habló con gravedad en el púlpito contra el pecado de la superstición. Ni un alma en el pueblo habría elegido quedarse allí. Ningún vagabundo conciente del relato dejaría el frío bosque por ese refugio siniestro e impío.

Sólo había una persona en el pueblo que había conocido en realidad Luella Miller. Esa persona era una mujer de más de ochenta años, un verdadero prodigio de vitalidad y juventud. Caminaba por las calles recta como una flecha, y siempre asistía a la iglesia, llueva o truene. Nunca se había casado, y había vivido durante algunos años al otro lado del camino de la casa de Luella Miller.

Esta mujer no era un ejemplo de la locuacidad de la senectud, pero nunca en toda su vida se había mordido la lengua para otro salvará la suya. Fue ella quien dio testimonio de la vida y la maldad de Luella Miller. Cuando la vieja habló —y ella tenía el don de la descripción, aunque sus pensamientos estaban vestidos en la lengua grosera y vernácula de su pueblo natal— parecía que la imagen de Luella Miller cobraba completa entidad. De acuerdo con esta mujer, Lydia Anderson, tal es su

nombre, Luella Miller había sido una belleza de un tipo bastante inusual en Nueva Inglaterra, de flexible y ligera criatura, dispuesta e inquebrantable como el destino. Tenía el cabello largo, brillante, lacio, y lo llevaba enrollado alrededor de un suave y hermoso rostro. Sus ojos eran azules, y sus modales eran de una gracia maravillosa.

—Luella Miller se sentaba de un modo que nadie más podría —dijo Lydia Anderson— y era un espectáculo verla caminar. Sólo los sauces, quizás, caminarían como ella. Tenía un hermoso vestido de seda verde que solía llevar, y un sombrero con serpentinas y un velo de encaje. Se casó con Erasto Miller. Su nombre de soltera era Hill. Erasto vivía junto a mi casa, incluso fuimos juntos a la escuela. La gente decía que estaba enamorado de mí. Yo nunca lo sospeché. Eso fue antes de que Luella haya venido a enseñar en el distrito. Lottie Henderson fue su alumna preferida: una inteligente niña de fuerte raíz, espléndida. Puso los ojos en Luella, como todas las chicas lo hicieron. Lottie murió cuando Luella no había cumplido un año en el cargo de maestra.

»Tiempo después de la muerte de Lottie, Luella se casó con Erasto. Siempre pensé que se apresuró. Las cosas en la escuela no marchaban bien, y Luella podría haber tenido que renunciar a ella. El chico la ayudó. Era honesto y buen estudiante también. Y todos se entristecieron al ver que se volvía más y más débil a causa de una extraña enfermedad. Trabajó terriblemente duro hasta el último momento tratando de ahorrar un poco para sacar a Luella de su situación. Cierta día hablé con él:

br /> —Siempre he tenido brazos fuertes —dijo.

Murió a la semana. Cayó en el suelo de la cocina mientras preparaba el desayuno. Pues él se encargaba de estas cuestiones ya que Luella estaba en cama. De hecho, lavaba, cocinaba y limpiaba diariamente. No podía soportar que Luella levantara su dedo, y ella se lo permitía. Luella Miller vivió como una reina, afirmando que su dolor en el hombro no le permitía trabajar como costurera. Lily Miller fue a vivir con Luella inmediatamente después del funeral de Erasto.

Entonces esta mujer de edad, Lydia Anderson, quien recordó Luella Miller, iba a relatarnos la historia de Lily Miller. Parece que aquella mudanza de Lily Miller a la casa de su hermano muerto provocó toda clase de comentarios y rumores. Lily apenas había pasado su primera juventud, y era robusta y floreciente, de mejillas rosadas, rizos y brillantes ojos oscuros. No habían pasado seis meses en su nueva residencia cuando el color rosado de sus mejillas se desvaneció. Sombras Blanco macularon sus cabellos, la luz desapareció de sus ojos. Sus rasgos afilados se deshicieron, aunque todavía llevaba siempre una expresión de dulzura absoluta, e incluso de felicidad. Ella se dedicó servicialmente a su cuñada. No había duda de que la amaba con todo su corazón. Sólo temía morir y dejar sola a Luella.

—La forma en que Lily Miller solía hablar de Luella bien podía volverte loco o hacerte llorar —dijo Lydia Anderson—. He estado allí algunas veces en el pasado, cuando ella

estaba demasiado débil para cocinar. Siempre me preguntaba si la veía mejor, y siempre respondía que se sentía mejor que ayer. Lo cierto es que se veía demacrada. De parte de Luella no recibió ninguna clase de atención, sólo los vecinos se preocupaban. La pobre Lily languidecía considerable. Cuando finalmente murió Luella se hizo cargo de Abby, que vino de Mixter. Al llegar, era redonda y rosada como una flor, pero la pobre tía Abby comenzó a caer del mismo modo que Lily. Supongo que alguien le escribió a su hija, que estaba casada: la Sra. Samuel Abad, que vivía en Barre, ya que ella intimó a su madre por carta a irse inmediatamente.

»Abby no iría. La pobre sólo tenía ojos para Luella, y sólo de ella se ocupaba. Su hija continuó escribiéndole, pero no sirvió de nada. Por fin llegó, y al ver lo mal que estaba su madre rompió a llorar. Habló con Luella. La acusó de haber matado a su marido y cada persona que se acercaba a ella de buena fe. Luella se puso histérica, y la tía Abby estaba tan asustada que me llamó después de que su hija se haya marchado. La Sra. Abad se fue llorando, los vecinos la oyeron. Nunca más vio a su madre con vida. Esa noche la tía Abby mandó a llamarme. Cuando llegué me encontré a Luella llorando, o riendo, o ambas cosas juntas. Abby estaba blanca como una sábana, sin aire. La amenacé, diciéndole que no estaba en condiciones de estar fuera de la cama.

—Oh, no me pasa nada —dijo ella— No me siento tan mal.

—Déjela conmigo, señora Mixter, y volverá a la cama —dijo Luella.

—¿No será conveniente que llamemos al médico?

Y miré hacia la derecha directamente a Luella Miller, que reía y lloraba. Después de ver eso nadie podría cambiar mi opinión sobre Luella Miller, y mucho menos engañarme. Por último, muy ofendida, volví a casa por un poco de valeriana para el brote histérico de Luella, y con ella me dirigí nuevamente a la casa.

—¿Qué es? —preguntó entre gritos.

—Pobre cordero, cordero pobre —decía la tía Abby, mientras yo trataba de lavarle la cabeza con alcanfor.

—Traga esto —dije, sin ninguna clase de ceremonia— ¡Trágalo!

Luella Miller se apoderó de su barbilla y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Nada de tragar! —aulló.

Y Luella, sin opciones, tragó.

Dejó de reír y llorar y me dejó su puesto junto a la cama. Abby permaneció despierta

toda la noche y me quedé con ella, aunque trató de no mostrarse enferma. Sin embargo, hizo guardia, alimentando a Luella con una cuchara a lo largo de toda la noche. En la mañana, tan pronto como salió el sol, corrí hasta la tienda y envié a Johnny Bisbee por un médico. La pobre tía Abby no parecía entender nada. Cuando llegó el doctor difícilmente se podría decir que respiraba. Y cuando se retiró, Luella entró en la sala mirando como un bebé en su camisón de volantes. La puedo ver ahora. Tenía los ojos azules y su rostro estaba rosa. Miró hacia la cama, entre inocente y divertida, y dijo:

—¿Por qué aún no se ha levantado?

—Porque está enferma —respondí.

—Pensé que alguien hacía café —dijo Luella.

—Creo que esta mañana podrás hacértelo tu misma —dije.

—Jamás me hice el café en toda mi vida —dijo ella, asombrada—. Erasto siempre lo hacía, y luego Lily, y finalmente la tía Abby. No creo que pueda hacerlo, señorita Anderson.

—No es difícil —dije yo, menos asombrada que furiosa.

—¿No va a levantarse en todo el día? —insistió Luella.

—Creo que no —dije calmadamente. Pero lo cierto es que estaba colérica.

Había algo en torno a lesa trivial conversación sobre el café que me inquietaba. Tres habían muerto por sus caprichos. Incluso pensé que alguien debía terminar con ella antes de que otros caigan bajo su influencia.

—No parece enferma —continuó Luella.

—Pues lo está —dije—. Va a morir, y tú quedarás sola. Deberás aprender a prescindir de los demás y arreglártelas por tu cuenta.

Sé que fui dura, pero era la verdad.

Luella se puso histérica. Lo único que hizo fue irse del otro lado de la habitación, donde la tía Abby no podía oírla. Cuando se enteró de que nadie estaba viniendo a ocuparse de ella, su ataque se detuvo. Al menos supongo que lo hizo. Yo estaba ocupada en intentar que la pobre tía Abby mantenga el aliento. El doctor me había dado una medicina en forma de gotas. Cuando advertí que no duraría demasiado con vida, hablé con Luella. A la tarde volvió el médico y la hija de Abby, la Sra. Abad Sam,

pero llegaron tarde. Abby había muerto.

—¿Dónde se metió Luella? —preguntó la señora Abad.

—Está en la cocina —dije—. Está en pleno ataque de nervios. Tiene miedo de que la muerte sea contagiosa.

Entonces habló el doctor. Era un hombre joven. El viejo doctor Park había muerto el año anterior, y se trataba de un joven recién salido de la universidad

—La señora Miller no es fuerte —dijo—, y ella tiene toda la razón en no agitarse.

Ella ya tendió sus garras sobre él, pensé, pero no dije nada. Lo cierto es que Luella estaba demasiado asustada como para estar histérica. Parecía encogerse sobre esa silla de la cocina, con la Sra. Abad hablándole verdades. Supongo que eso fue demasiado para ella. Luella se desmayó. El doctor llegó corriendo y dijo algo acerca de un corazón débil.

—No hay nada débil en esa mujer —dijo la señora Abad—. Era mi madre quien estaba débil. Ella tiene la fuerza suficiente para exprimir a los demás. ¿Débil? Mi pobre madre era débil: esta mujer la mató con la misma eficacia de un cuchillo.

Pero el doctor no le prestó mucha atención. Sólo abrazó a Luella y sostuvo su mano. Me pidió que traiga el aguardiente de la habitación de Abby. Ahora que la tía había desaparecido, Luella ya había conseguido un nuevo sirviente.

Esperé hasta que la tía Abby fuese enterrada cerca de un mes después. El doctor visitaba a Luella constantemente, y la gente comenzó a hablar. Cierta día, cuando supe que éste se hallaba fuera de la ciudad, me acerqué a Luella. La encontré vestida con una muselina azul con lunares blancos. Había algo acerca de Luella Miller que parecía clavarle en el corazón. María Brown había estado ayudándola en toda clase de tareas inhumanas para una mujer, pero Luella la consideraba capaz. María no vivió mucho tiempo. Comenzó a desvanecerse de la misma manera que los otros.

—Supongo que has dejado que María vaya a su casa —dije.

—Sí —respondió—, una vez que termine de lavar los platos.

—También supongo que tiene trabajo que hacer en su propia casa —dije, tratando de parecer casual.

—Sí —dijo Luella, realmente dulce y bonita—, ella dijo que tenía que hacer su lavado de ropa.

—¿Y por qué no se quedó en casa en vez de venir aquí para realizar tus tareas?

Luella me miró como un bebé que se le quita un sonajero negó a ello. Se echó a reír como una especie de inocente.

—Oh, no puedo hacer esos trabajos, señorita Anderson. Nunca los hice. María tiene que hacerlos.

—¿Tiene? —pregunté, indignada—. Ella no tiene que hacerlo. Maria Brown tiene su propia casa y lo suficiente para vivir. Ella no está en deuda con usted para venir aquí y ser su esclava. La estás matando del mismo modo que a Erasto y los demás.

Me miró, pálida.

—Y María no será la última —continuó—. También vas a encargarte del doctor Malcolm antes de exprimirlo del todo.

Entonces un color rojo llameó en toda su cara.

—No voy a matarlo, ya sea —dijo, y comenzó a llorar.

—¡Sí, lo harás! —grité, y comencé a decir todas las cosas que jamás le había dicho.

Luella se puso cada vez más pálida, y en ningún momento me miró. Luego me fui a casa. Desde la calle ví que su lámpara se apagó antes de las nueve, y cuando el doctor Malcolm vió la oscuridad siguió de largo, creyendo que Luella dormía. Una semana después, María murió. Surgieron toda clase de murmuraciones siniestras. La gente acusó a Luella de bruja.

Una tarde vi al doctor corriengo por la calle con su botiquín. Luella estaba muy enferma.

Una chica se pfreció como enfermera, lo cual lamenté. Pensé en Erasto y los demás. Al día siguiente la sra Babbit me informó que el doctor traído a una chica de las afueras, y que estaba bastante seguro de que él se casaría con Luella. Pocos días después, Sarah Jones, aquella muchacha traída para ayudar a Luella, fue vista caminando por la calle como un espectro sin voluntad. Algunas malas lenguas dijeron algo sobre una relación clandestina entre ella y el doctor. Lo que nadie adivinó es que la nueva víctimas sería el pobre médico. Murió sin que el ministro le suministrase la extremaunción, dejándole a Luella todo su patrimonio. Una semana después también enterramos a Sarah Jones.

Pareció el fin de Luella Miller. Ni un alma en todo el pueblo levantaría un dedo por ella. Pronto se la vió yendo a la tienda de la señora Babbit, que tenía miedo de que

Tommy , su hijo, y quien realizaba mandados, llevase las vituallas de Luella. De hecho, al poco tiempo se lo vió andar como un fantasma, con los brazos colgando flácidamente junto al cuerpo luego de llevar algunos paquetes a la casa de Luella.

Luella Miller pasó dos últimas semanas terribles, supongo. Estaba debilitada, pero nadie se atrevía a acercarse. Babbit dijo que ya no se veía humo salir de la chimenea. Juntamos coraje y entramos. Luella estaba en la cama, muriendo.

Ella duró todo el día y la noche. Luego de la muerte del doctor nadie más se atrevió a ir allí. Cerca de la medianoche la dejé por un minuto para correr a casa y conseguir alguna medicina que había comenzado a sentirme bastante mal. Fue una noche de luna llena, y apenas salí de mi puerta para cruzar la calle hasta Luella, me detuve en seco al ver algo. Vi lo que vi, y sé que lo vi, y juro por mi lecho de muerte que lo vi. Vi a Luella Miller y a Erasto, Lily, Abby, María, el Doctor y Sara, todos saliendo de su puerta. Luego desaparecieron. Me quedé un minuto con el corazón en la garganta, y huí.

Luella Miller había muerto en la cama...

Esta fue la historia que narró la anciana Lidia Anderson, y el cuento se ha convertido en parte del folclore en el pueblo.

Lidia Anderson murió a los ochenta y siete años. Se había mantenido maravillosamente sana y fuerte hasta aproximadamente dos semanas antes de su muerte. Una noche de luna brillante estaba sentada junto a la ventana de su sala cuando hizo una exclamación repentina. Salió fuera de la casa y cruzó la calle, antes de que el vecino que la estaba cuidando de su pudiera detenerla. Se dice que poco después encontraron muerta a Lidia Anderson tendida ante la puerta de la casa desierta Luella Miller.

Durante la noche siguiente algunos vieron llamas rojas entre las ventanas tapiadas de la casa de Luella. Nadie se acercó para ver como la vieja casona era consumida por el fuego. Nada quedó en pie, excepto algunas pocas piedras de los cimientos del sótano, ásperos arbustos de lirios, y en el verano, un rastro desvalido de esplendor entre la hierba.